



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Lectio de Doctora “Honoris Causa”
por la Universitat de València
de la Profa. Dra. Amelia Valcárcel

Valencia, 8 de marzo de 2016

Rector Magnífico de la Universidad de Valencia

Dignísimas autoridades

Integrantes de la Comunidad Universitaria

Queridas amigas y amigos,

Señoras y Señores

Les agradezco hoy especialmente su acogida, amistosa y solemne, en estos venerables patios que me son queridos y familiares. Traigo en mi auxilio a Cervantes, del que celebramos centenario, para entrar con buen pie. Escribe: “Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y el más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir a la orden de la naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante”. Y así pasa con estas palabras mías, que quisiera que pudieran rivalizar con vuestro don, aunque bien sé que no serán capaces.

Recuerdo ahora que la catedral de Salamanca guarda una capilla en la que, se dice, velaban toda la completa noche los futuros doctores hasta que sus padrinos pasaban a recogerles para optar al grado. Sea el cuento lo que fuere, el caso es que la capilla entera está ocupada por un yacente, sobre cuyos pies apoyaban los suyos los velantes, que los tiene gastados del uso, de manera que de ese signo se columbra que las veladas fueron muchas y largas. Para llegar hoy aquí, a poderles agradecer este

fenomenal gesto, la espera ha sido distinta, tanto que llamarla espera no le cuadra. Ninguna otra distinción que haya recibido o que aún me reste, que así bien sea, me obligará a hacer tanta memoria como ésta que hoy me concedéis.

Guardo mi carnet de universitaria en esta que hoy me acoge y está fechado en 1972. Yo vine a Valencia en aquel año, un perfumado otoño, para realizar mi especialidad, la filosofía a secas, que entonces se solía llamar pura.

Elegí esta Universidad, tras haber realizado en Oviedo los años comunes, porque era grande el crédito que ya alcanzaban sus Humanidades. La Filosofía cierto que tan sólo se cursaba en tres de las antiguas, cuando entre todas eran diez, y de entre ellas Valencia había logrado alcanzar la fama de competente e innovadora. En ella estaban presentes las olas más actualizadas en Fenomenología, lógica, filosofía del lenguaje, pensamiento analítico, estética, semántica y semiótica de primera fila, programa goloso, sobre todo si se le oponía la inveterada capacidad demostrada de aferrarse al siglo XIII que aún andaba presente en otros claustros y otras aulas.

La memoria tira de mi de modo inmisericorde. Me lleva directa a La “pequeña historia”. Cada cual recuerda cosas, sus cosas. De algunas sabe que son más significativas que otras. Los demás también le proporcionan recuerdos. Algunos son útiles y otros lo son menos. Yo tengo uno de estos recuerdos trasladados, prestado, que tiene que

ver con este patio antiguo. Voy a evocarlo. Corría el año de 1962 y los espacios de la Universidad Literaria estaban principalmente en este edificio histórico de la calle La Nau. Era primavera. No sé cuantas chicas había en la facultad, pero sí sé que sólo una, precisamente ella, se unió al canto del “Asturias Patria querida” que se llevó a cabo en el claustro. Me lo contó Josep Vicent Marqués hace muchos años. Celia Amorós fue la única mujer que se puso a cantar en aquel bravo momento cercano al ángelus a pleno pulmón. Ya lo sabían los amigos de sus padres, que solían comentar en el Círculo Agrario, o sea, la real sociedad valenciana de agricultura y deportes, la desdicha del notario Amorós, al que “le había salido una hija de esas que leen a Nietzsche”. Varias líneas de recuerdo se unen en éste. Este recuerdo no es mío, sino que me ha sido transferido. No pude verlo, pero confío en la fuente que me lo proporcionó. No es anecdótico, aunque no parece formar parte de las memorias compartidas, de las traídas en común, las externalizadas... En resumen, ¿Qué es? Es un “recuerdo en tentativa”. Si encuentra engarce en una ortoversión, se convertirá en un pequeño dato, uno de la marcha y paso de la democracia entre el estudiantado de la universidad franquista.

Que el alumnado cante en los claustros no ha de ser cosa inhabitual. Pero esto tiene algo de significativo: aquella joven gente cantaba aires regionales no para refrescarse la voz, sino por un motivo público. En ese año de 1962 y en esa primavera se estaban sucediendo las huelgas mineras de Asturias. Algo se movía en el ambiente estudiantil. Hubo un conato de asamblea, que ni siquiera tenía entonces ese nombre.

La gente “se movilizaba” según se acostumbró después a contarlo. Allí mismo, bajo la representación de Vicente Ferrer, aquella reunión informal de estudiantes intentaba la solidaridad, en su caso canora, con los levantamientos mineros, o sea, se solidarizaba con los medios de que buenamente disponía. Es un pequeño dato para saber que la universidad española comenzaba a cambiar tras largos años de holgado y abotargado silencio. Veinte años se demoró la universidad española en mostrar, si así puede decirse, su desagrado con el régimen. Y se comprende, porque motivos para tan largo callar no faltaron.

Hace algunos, pocos, que la Universidad Complutense dio a conocer los papeles de su infausta represión, incluidas las delaciones. Los documentos que se exhibieron en la sede de la calle Noviciado eran estremecedores: una criba sistemática entre los docentes fundada en motivos tan de peso como “no asistir regularmente a la santa misa” o “bromear sobre las prácticas cristianas” de alguno de los delatores, cuyas firmas aparecen en los atestados. Docentes de prestigio fueron separados de las aulas y sustituidos. Los vencedores las ocuparon con la buena conciencia de quien limpia un espacio propio para seguir habitándolo con comodidad. También la Universidad de Zaragoza dedicó una interesante exposición a lo que ocurrió en sus aulas tras la Guerra Civil. Las fotografías del expurgue y la quema pública de libros, a manos de estudiantes vestidos con corrajes, son pavorosas. Y en Valencia “Rector Peset” debe ser más que el muy digno nombre de un colegio mayor. Porque algunos rectores, proclives a la legalidad republicana, fueron

fusilados, sin importar su valía ni sus buenas razones. Al menos los rectores de Oviedo, Granada y Valencia lo fueron.

Llamo “memoria externalizada” a aquella de la que disponemos en común, que es grande y varía cada tanto. Cuando aquella juventud prorrumpía en cantos, veinte años después, nada de esa violencia se recordaba. Duraba el silencio. No había pues memoria. Porque eso, la memoria que está entre todos, la externalizada y mediadora, pertenecía a los vencedores. En ella la violencia había desaparecido: sólo se había “puesto orden”. Orden muy necesario en una situación inadmisibile. Un orden con vocación de permanencia. Contra ese orden estaban cantando aquellos jóvenes en 1962. Cada uno de ellos puede que lo recuerde, ahora que ya peinan canas, pero lo significativo es si ese recuerdo suyo ha pasado a la memoria común. Por si acaso lo traigo, este recuerdo prestado y en tentativa, porque me asalta cada vez que veo estos claustros.

La memoria de las pequeñas cosas a veces señala a las grandes: Sin cambiar de Universidad, cambiemos de escenario: Ahora es... Diez años más tarde. Cuando yo me planto en la Estación del Norte, la Universidad Literaria ya no ocupa solamente este bello edificio de la Nau, sino que se ha extendido y multiplicado. Muchas de sus facultades están en “Valencia al mar”. Las nuevas instalaciones son funcionales y cuentan con innovadores diseños. Mi facultad tiene a la entrada, por ejemplo, un pequeño puente sobre un igualmente pequeño estanque donde asoman plantas lacustres. En mi primer día me paro a averiguar si acabará

apuntando o saliendo algún nenúfar. Y en ello estoy hasta que un chico más avezado me lo explica: “Esa especie de pasadizo-puente es para que no podamos escapar si vienen los grises”. Los grises era el nombre dado a la policía uniformada y no se nos habría ocurrido nunca cambiárselo. Perfectamente sabíamos lo que quería decir. ¡Caramba! Los diseños de nuestras facultades, descubrí esa mañana, son incluso más funcionales de lo que estaba dispuesta a suponer. Está claro, aunque entonces nada conociera yo de los cantos habidos en La Nau hacía tiempo, el asunto había proseguido adecuadamente. En los años setenta los edificios prevén la rebeldía de la gente que los ocupa.

Y allí mismo, según entro, compruebo que la rebeldía luce, destella, reverbera... porque puedo fácilmente constatar que la capilla se utiliza para dar clases de lógica y que en el amplio *hall* del segundo piso luce una silueta o dibujo grafitero que pretende ser una caricatura de Carlos Marx. De entre sus pobladas barbas sale un bocadillo que reza “soy un tipo simpático”. Ese fue el recibimiento que me diera mi facultad... ¿Debería dejar yo al olvido estos pequeños detalles? No lo creo. No creo que pertenezcan a lo olvidable. No son recuerdos propiamente míos e intransferibles. Pertenecen a una época. Son la materia que llamamos “la pequeña historia de las grandes cosas”.

Una completa cultura, cierto que casi desmemoriada, se iba gestando dentro de aquel mundo, esos eran los tiempos. Tiempos, me arriesgo a afirmar, muy filosóficos. Puesto que se nos escondía o se nos

negaba la razón de lo inmediato, tendíamos a traspasar la inmediatez a fin de darle gusto a la inteligencia. A la gente que nos dedicamos a filosofar, a más de dar un poco de cautela, se nos suele situar en ciertas torres de marfil, más cerca del cielo que del suelo. Pero ya aquel Rafael “por el que la naturaleza, madre de todas las cosas, temió ser vencida”, aquel digo, dibujó a la filosofía en su todo y partes, disputando como suele, pero en su disputa más recurrente y antigua con un Platón que allá apunta arriba y un Aristóteles que obstinadamente señala el suelo. La filosofía es ágil y curiosa y sus dos milenios y medio de edad no le han quitado las ganas de lanzarse a gráciles saltos ni de esforzarse en caminar todas las sendas pensables aunque no existan. La filosofía es la parte más refinada y menos astuta de la curiosidad. Es pensamiento, la energía más sutil y necesaria de cuantas existen, pero, por ser pensamiento, es sobre todo tiempo.

La que se impartía en Valencia, *fama erat*, seguía el ritmo del tiempo puntero. Los métodos la acompañaban. Las asignaturas se elegían. En las aulas debatíamos a la menor oportunidad. Todo corría veloz.

Y mi pequeño tiempo me impone otro recuerdo que debo relatarles. Por si no es evidente mi apego a Montaigne, inmediatamente lo confieso: nunca me canso de dar gracias por este Genio. Pues sucedió que.. En la época en que yo cursaba mi primero de especialidad en aquella facultad tan bien plantada de Blasco Ibáñez, tuve por docente al catedrático de filosofía Montero Moliner. Era persona aseadísima, de trato un tanto

distante pero exquisito. Tenía mejillas sonrosadas y airoso pelo blanco. Nos impartía sus clases benévolamente, sin moverse nunca de su silla en la alta tarima. Un buen día de primavera entrada le tocó a Montaigne. O puede que le tocara salir a escena al escéptico francés mientras mi profesor explicaba a Kant, que era su favorito. El caso sea que, al desgaire, y sin esperar respuesta, Montero preguntó al aula mientras ponía los ojos sin embargo en el techo: “Porque... ¿acaso alguno de ustedes ha leído la Apología de Raimundo de Sabunde, un compatriota insigne, escrita por Montaigne?” Acorazado silencio. Se oye un carraspeo y se alza una mano. Nuestro catedrático baja los ojos y recorre las filas por ver de donde ha salido el ruido. Hay una chica que llega por poco a los cincuenta kilos con la mano medianamente alzada. Sí, confieso que era yo. Se le dibuja una expresión atónita. “Señorita... ¿ha leído usted la Apología de Raimundo de Sabunde”? “Sí”, respondo yo, ya con un punto de desafío. El señor Montero se levanta, camina hacia el borde de la tarima y se dobla por la mitad en una especie de reverencia. “Señorita... Me inclino ante usted”. Se sienta, pero, quizá pareciéndole escaso el aspaviento, repite la operación. Vuelve a alzarse, recupera el borde de la tarima y de nuevo se dobla por la mitad doblando la reverencia. Y repite: “Me inclino otra vez ante usted, Señorita”.

¿A qué tramo de la pequeña historia de las grandes cosas pertenece esta anécdota? O mejor, ¿qué cosa es propiamente una anécdota? Es, como la anterior, simplemente, un sucedido al que no se le concede importancia. Las anécdotas son intransitivas. Pero en ocasiones las anécdotas, y van

dos, crecen, se desarrollan, digamos que se hacen mayores. Pueden hasta convertirse en epítomes. Quizá no sea el caso de ésta. Pero si le diéramos una vuelta... Veamos... ¿Es verosímil que algo así se produjera en el momento presente? Algo bulle en la trastienda de mi cabeza que dice que no. Y si ocurriera... ¿Acabaría el señor Montero en la oficina de la defensoría estudiantil? Hace muy poco que yo misma comencé a extrañarme de esa pequeña historia. Quiero significar que, cuando me sucedió, de ello hace sus buenos cuarenta años, no es que normal me pareciera, pero tampoco me lo tomé por la tremenda. Eran esas cosas que hacían los catedráticos reverendos y que servían para aumentar su anecdotario. Formaba parte de la imagen corporativa, por así decir. Además Montero Moliner nos había permitido refugiarnos en un armario de su despacho el día que los fachas vinieron a nuestra facultad con la estupenda intención de molernos a palos, por rojillos. No había por donde escapar. Un cojo de ambos pies, como turbio Hefesto, que los guiaba, guardaba el puente ya citado que transformaba el edificio en una ratonera. Creo que fue una de mis peores medias horas la que pasé en aquel armario. Si bien en este y otros parecidos casos hay que aplicar el pensamiento de un conocido maestro de moral contemporáneo, el gato Garfield, el cual, asaltado por un par de perros y colgando de un árbol la entera noche, piensa: “algún día me acordaré de esto... y me reiré”.

La bonhomía de don Fernando estaba fuera de sospecha. Sin embargo...piensen con el corazón limpio de polvo y paja... ¿Esto de las sucesivas reverencias... se lo habría hecho a un chico? Así es el feminismo,

hijo no esperado de la Ilustración y pariente cercano de la filosofía de la sospecha. En muchas ocasiones nos sucede lo que señaló certeramente Virginia Wolf: que urgidas las mentes a contemplar el obstáculo, no pueden ponerse en el estado incandescente en que la genialidad se acrisola y vislumbra. Hay tanto para pensar, además.

Pareciera a veces nuestro mundo como un joven y levantado árbol que muchas tempestades agitan. ¿En qué puede una filosofía de la sospecha contribuir a que perdure? Nuestro saber superior ha sufrido cambios, discontinuidades y relevos. Un notable pensador, que aquí mucho estudiábamos, Kuhn, llamó a este discurrir “la estructura de las revoluciones científicas”. Nunca olvidemos que nuestra élite intelectual actual es el resultado del relevo de las antiguas elites clericales. Este relevo se gestó en la baja Edad Media, cimentó su legitimidad en el barroco y por fin produjo el sorpaso en la época ilustrada. Durante todo ese largo período de tiempo, el talento femenino existió, sin duda alguna, pero fue entendido como una excepción, aquella que confirmaba la regla. Con las mujeres se seguía aplicando el precepto agustiniano: nada necesitan aprender; nada les sea enseñado.

La primera ola del feminismo, la polémica feminista ilustrada, coincidió en el tiempo y en los conceptos de uso culto con el momento en que esta nueva élite tomó la delantera. Terminada la *Querelle des Anciens et des Modernes*, aquietada Europa por la fecunda Paz de Westfalia, abonada por la filosofía barroca, la Modernidad comenzó un paso firme. El Siglo de las Luces convirtió en programa lo que todavía permanecía, en el

Pensamiento Barroco, en el mero limbo especulativo. De hecho, con la polémica en torno a la educación de las damas, comenzó a desarrollarse la tradición de pensamiento a la que damos el nombre de feminismo. Significativamente ése, *La educación de las damas*, es el título de uno de sus libros fundadores, el segundo de Poulain de la Barre. Libro éste que mi profesora Neus Campillo conoce como nadie.

En el tema de la educación femenina, su utilidad y sus usos, se ventiló parte de la agenda teórica de la primera ola del feminismo. La gran polémica ilustrada logró pasar a debate temas que o en el pensamiento o en las costumbres se daban por hechos inamovibles y por ende irrefutables. Dotó de terminología política a la obligada sumisión femenina y abolió o puso en tela de juicio algunos usos del pasado que entendió como abusos. Cuando Wollstonecraft respondió con su *Vindicación al Emilio* de Rousseau, la polémica había recorrido ya un gran trecho. Ella misma se había ocupado previamente de escribir un libro, de los que abundaban, sobre la mejor manera de educar a las jóvenes. En él escribe: “A menudo es necesario recurrir a la razón para que llene los vacíos de la vida, pero son demasiadas las mujeres cuya razón permanece latente”. La “no culpable minoría de edad”.

El derecho de las mujeres a adquirir una educación formal, esto es, unos conocimientos contrastados y avalados, fue el derecho más frecuentemente exigido por las primeras y los primeros feministas. Apuntaba también ya en el XVIII la dinámica de las excepciones: Algunas grandes damas, Mme de Chatelet , a quien ha estudiado en esta

Universidad Isabel Morant, por ejemplo, se dedicaban a las ciencias; otras a las artes, como Mme. Vigée-Lebrun; alguna otra entró a formar parte de las Reales Academias. Éstas eran en origen fundaciones reales o con el amparo regio, cuyo prestigio las situaba por encima de las instituciones heredadas de alta educación, rebajado como lo tenían su crédito algunas universidades por la presencia todavía en ellas de elementos escolásticos. Las Reales Academias fueron una apuesta de los déspotas ilustrados por la renovación del saber. Por ello hubo antes académicas que alumnas.

Porque la cuestión era ¿debía reconocerse para todas las mujeres afectadas (pueblo llano excluido por tanto), la misma capacidad, derecho y ambición que para aquéllas que se consideraban realmente excepcionales?

Nos falta todavía algo de investigación para conocer el nombre, el lugar y la fecha exacta en que la primera mujer fue autorizada a acudir a las aulas universitarias. Pudiera en España haber sido Arenal. Por el momento se supone que ello ocurrió en Europa, en alguna universidad de Alemania y en los aledaños de la guerra francoprusiana. Si hubo incursiones anteriores, ilegales, no consta noticia alguna. Desde que el saber se transmite en estas aulas e instituciones las mujeres fueron excluidas de él. A lo largo del último tercio del siglo XIX algunas universidades comenzaron a autorizar a mujeres especialísimas a asistir a determinado tipo de estudios. Las condiciones eran duras de cumplir: ocupar un lugar separado, no intervenir en forma alguna, renunciar a los exámenes y a los correspondientes títulos. Se mantuvieron casi sin cambios durante

medio siglo. En España es tenido por bueno que Concepción Arenal siguió de este modo los estudios de derecho y se adjunta que, en su caso, le fue aconsejado que vistiera de hombre. De ser cierto, la prohibición del saber habría llegado en nuestro país a ser más fuerte que el generalizado tabú, invariante antropológica en verdad, que ordena que los sexos se distingan.

Hace cinco años, en el 2011, se cumplió el siglo del acceso corriente a la Universidad de las mujeres españolas. A cien años de ello, las cifras actuales son pasmosas. El sesenta por ciento, largo, del alumnado universitario son mujeres, repartidas en todas las licenciaturas y especialidades. Y parecida cifra se maneja en todos los países de nuestro entorno. Aquel año de 1911 las universitarias que acudieron a las aulas de la Complutense no habían tenido que realizar la peregrinación de permisos a la que las mujeres estaban obligadas. Cada rector debía aprobar su ingreso y para ello cada uno de sus profesores hacerlo también separadamente. Aquel año ya estaba claro que habían venido para quedarse. Siguieron ocupando, eso sí, un lugar separado en el aula. Y uno de esos primeros días día fueron recibidas a pedradas por un grupo de sus compañeros. En su defensa salió sobre el terreno un espontáneo; en la prensa lo hizo Rosario de Acuña con su conocido artículo “la jarca universitaria”. En él deja claro el sobreentendido que ha permitido tal barbaridad, la siniestra misoginia ambiente: “¿A quién se le ocurre ir a estudiar a la universidad? ¿Dios nos libre de las mujeres letradas! ¿A dónde iríamos a parar? ¡Tan bien como vamos con el machito! ¿Es acaso persona

una mujer?”. Acuña, que no había podido realizar estudios universitarios, y era aún así una intelectual progresista reconocida, añade su voluntad: “Hay que engendrar la pareja humana de tal modo que vuelva a prevalecer el símbolo del olmo y de la vid, que tal debe ser el hombre y la mujer; los dos subiendo al infinito de la inteligencia, del sentimiento, de la sabiduría, del trabajo, de la gloria, de la inmortalidad” mientras envía a los apedreadores “ilustrísima falange de machos españoles” a hacer el mico bailando en un tablado con taparrabos. Gente que hace cosas tales no puede aspirar a ser la elite de un país. Quizá no esté de más conocer que este artículo le valió... el destierro.

Eran sin embargo tiempos sufragistas. Cuando el cambio de época sobrevino y la Revolución Francesa alumbró un mundo nuevo, fueron, por el contrario, las codificaciones que solemos llamar napoleónicas, las que consagraron en el derecho civil y el penal la exclusión de las mujeres de la ciudadanía, como también el nuevo tiempo las dejó fuera de la educación formal. Por eso pudo escribir Pardo Bazán a finales del XIX que la brecha existente entre los sexos se había agrandado en vez de cerrarse durante el siglo del progreso. El nuevo estado que promovía la unificación legislativa y normalizaba tanto los tramos educativos, como sus accesos y los títulos, excluyó a todas las mujeres, sin excepción, de los derechos civiles, de los políticos y del acceso al sistema educativo. Las excepciones ya no fueron avaladas por el nuevo orden y tuvieron que cultivarse en el seno de la autodidaxia.

La segunda ola del feminismo, el movimiento sufragista comenzó

la dinámica de retroalimentación entre derechos educativos y voto. *Sufragismo* fue, en la década de los felices veinte, el término popular por el que se conoció a la segunda ola del feminismo, la que abarca desde el Manifiesto de Séneca en 1848 hasta el fin de la Gran Guerra (y sus múltiples consecuencias, legales, políticas, educativas, culturales y estéticas). Abarca unos ochenta años de agitación, asociaciones, ligas, programas, debates y manifestaciones que se suceden con mayor o menor intensidad en todos los países occidentales, en especial en aquellos que son formalmente democracias representativas. Los dos objetivos que presiden la lucha sufragista son el voto y la educación. El derecho al sufragio, que acabará dando nombre al movimiento, fue una vindicación relativamente poco asumida por el propio movimiento en sus inicios. Debe recordarse que fue el único punto del Manifiesto de Séneca que se aprobó por mayoría y no por unanimidad. La primera petición formal se presentó en Gran Bretaña, en los Comunes, y con un avalista excepcional, J. Stuart Mill en 1867. En verdad y en los inicios el interés de esta segunda ola feminista estuvo más centrado en los derechos civiles y educativos. Las diversas ligas femeninas y las ligas del sufragio se nutrieron en buena parte de mujeres en trance de profesionalización que hacían valer sus todavía escasas victorias en la obtención de títulos medios para fundamentar su derecho a la ciudadanía plena. La situación, cuando a final del XIX el completo sufragio masculino se hizo norma, se volvió más y más explosiva. Las y los sufragistas argumentaron sobre un punto evidente: el completo sufragio masculino permitía el derecho

de voto a cualquier varón, incluidos iletrados, dementes, analfabetos, insanos y viciosos, y a ninguna mujer, incluidas honestas madres de familia, maestras, enfermeras, universitarias y aun doctoras, que alguna lo había logrado.

Obtener títulos conformes fue una lucha previa a la que siguieron las dificultades para la colegiación. Esto es, reconocidos los estudios cursados, los títulos no daban paso al ejercicio profesional, como normalmente sucedía con los varones, sino que éste seguía vedado por instancias diversas. Si a principios del siglo XX encontramos un número relativamente relevante de mujeres dedicadas a las tareas de investigación ello no era tanto vocacional como obligado: realizar investigación no exigía entonces las inversiones en grandes equipos a las que estamos acostumbrados y podía hacerse relativamente en soledad. Muchas de las primeras licenciadas y doctoras no tuvieron otra posibilidad que llevar su trabajo a la investigación porque los ejercicios profesionales corrientes les estaban vedados.

En la segunda década del siglo XX todavía bastantes universidades seguían sin expedir títulos cuando el estudiante era mujer, en alguna tenían prohibida la entrada en las bibliotecas y la mayor parte de los ejercicios profesionales de las mujeres tituladas tenían que mantenerse en la esfera privada. El sufragismo concitó todos los diversos frentes hacia la demanda articulada del voto. Sus manifestaciones nos sorprenden todavía hoy: son ordenadas procesiones civiles en las que ocupan un lugar destacado las universitarias portando sus togas y birretes, en largas

filas, llevando en ocasiones en las manos los títulos que no las habilitan ni para votar ni para ejercer. Ellas eran, empíricamente, la demostración palmaria del abuso masculino de poder. Para el feminismo sufragista no ya la educación, sino el reconocimiento de los derechos educativos, lo fue todo. Entendieron perfectamente cómo estaban vinculadas democracia y meritocracia y cómo, por lo tanto, las posiciones conseguidas debían usarse para alcanzar metas ulteriores. Por fin, gracias a la lucha feminista-sufragista, que se empeñó en el saber como el verdadero fundamento de la libertad y la igualdad, esta primera agenda fue consiguiéndose país por país, estado por estado. Primero el acceso a las aulas, luego los títulos, más tarde las colegiaciones y por último el ejercicio de las profesiones. Digámoslo: La exclusión ha terminado; dinámica de la excepción se encamina también al pasado. “Veinte veces renacerá en nosotros la esperanza tras haberla perdido otras tantas”, escribía Mme de Staël. Tomemos aire, aunque no reposo. La vida de nuestros derechos parece ir bien.

Empero...¡Qué difícil es la relación de las mujeres con el saber, aun en estos tiempos nuestros! Aun ganada la libertad ya ahora mostrenca de sentarse en las aulas a título de corrientes, aun derogada la autodidaxia que fue la suerte preferente del talento femenino durante épocas enteras de saberes protocolizados... invito a que pensemos cuanto estigma pesa todavía sobre la osadía de saber. El feminismo es una de las filosofías políticas ilustradas que más ha contribuido a cambiar la entera faz del mundo que habitamos. Lo viene haciendo durante los tres últimos siglos.

Pero le queda mucho por andar. Apenas ahora comenzamos a entrever el tejido en el que se asienta la sujeción femenina. Gracias al trabajo y las luchas feministas disfrutamos de una igualdad por decreto, cutánea, que todavía no ha penetrado en la médula en la que los prejuicios se reproducen. Y eso en Occidente, cuya manifiesta peculiaridad frente a todas sus formas civilizatorias coetáneas es el mantenimiento de los derechos inalienables individuales de las mujeres. Eso en nuestras sociedades “raras”, *weird*, como las ha nombrado Diamond.

Decía que el feminismo, ese hijo no querido de la Ilustración, es practicante de la filosofía de la sospecha y pensamiento obligado a observar el obstáculo. De todo esto hay que hacer memoria. También hay que situar estos hechos y entender su orden de pertinencia. La memoria externalizada es lo que llamamos cultura. Es el monto del conjunto completo de habilidades y registros que nos permiten la interacción dentro de nuestro grupo. Como la cultura no es un conjunto cerrado u osificado, admite incorporaciones a la memoria común de elementos nuevos, tantos más cuanto más abierta sea. Por este procedimiento la memoria individual se vuelve transferible. Y, del mismo modo, la memoria puesta en común es aceptada y compartida por el grupo de referencia. Diversas memorias, que llegan de muy diferentes referencias, son, por así decir, inoculadas en un sujeto. Cada individuo ha de transformarse en un ser memorioso. Eso lleva su tiempo y también su disciplina. Largos años. Los de nuestro aprendizaje formal. Es mucho el tiempo en el cual memorizamos. La memoria de lo que podemos llamar

símbolos o mundo simbólico es la más compleja. Y a ella pertenece la memoria común de lo que es relevante. Otra característica de la memoria, que viene ahora al caso, es que cursa en buena connivencia con el poder, o mejor dicho, que es poder. Quienes tienen poder tienen memoria; es parte de él. La memoria es, a su vez, el rastro que el poder deja allí por donde ha pasado. Las gentes bien situadas e incluso postineras poseen abundantes memorias; en ocasiones esas mismas gentes, que llamaré ahora con menos confianza, las aristocracias, guardan su memoria en legajos, archivos y ceremonias, ya se trate de familias, instituciones, cleros o corporaciones. La memoria se escenifica y esa capacidad habla del poder de quien lo hace. Notablemente, cuando se investigan las ramas colaterales y decaídas de las grandes familias, por ejemplo, se observa que, al decaer, los sujetos han perdido la memoria del origen. No saben ya nada. No recuerdan nada, aunque su separación del tronco principal sólo sea de tres generaciones. No les merecía la pena recordar.

La longitud de la genealogía de un individuo, un grupo o una corporación tiene directamente que ver con su importancia. Las estirpes no olvidan. Más bien asean a conveniencia su pasado, lo acomodan a lo respetable. Podemos saber que una gran fortuna aristocrática devino de la trata, pero difícilmente le gustará al heredero que le recordemos a su bisabuelo negrero. Preferirá que le consideremos “un gran hombre”, “un coleccionista” o una persona con marcadas creencias espirituales, que de todo hay. Las memorias suelen embellecerse a poco que se las deje de mano. La memoria no es natural, y la colectiva es producto de una imposición o de

un pacto. Escenifica el uno o la otra. Hurtar la memoria, prohibirla, es parte de la contienda. Si queremos darla por terminada tenemos necesariamente que hacer ajustes en lo que ha de conservarse como memoria común. Yo he decidido hoy hacer memoria.

Que cada una reflexione, que por edad algunas podemos, en la larga marcha que la trajo hasta aquí, que las más jóvenes recuerden que otras les han ganado sus derechos “naturales” a tener ambición y expectativas. Que todos hagamos honor y nos alegremos de esta novedad fundamental para la vida justa: Nuestra libertad. Porque la tenemos el talento ya no está prohibido. Sólo ahora pediría a quienes gobiernan el saber, al menos en este grado de él, que ayuden a acabar con las barreras invisibles.

Yo señoras y señores, lo había ocultado cuidadosamente, pero había venido a hablar del Espíritu Absoluto. De memoria, verdad y libertad. Al subir a este estrado no lo he hecho sola, sino acompañada de muchas que me precedieron y me abrieron el camino. Lo he subido con la memoria de de Arenal, de Clara Campoamor, con el aliento de mis maestras amigas, Amorós y Camps, que me enseñaron y me aseguraron, y en la compañía también invisible de cuantas se aferraron a su inteligencia para resistirse a las mil ataduras de la costumbre. Me honro hoy en pisar este lugar excelente y me honráis muy por encima de mis merecimientos acogéndome. Pero gustosa lo acepto porque sé, lo percibo, que en verdad, es a ellas y a nuestra tan joven libertad a quienes rendís este

reconocimiento. Pues que el feminismo, al cual nuestro tiempo da carta de naturaleza, es nuestro principal aval en el duro debate de los valores que recorre el tiempo presente. Sólo la libertad y el talento pueden ser de ayuda para descifrar unos tiempos en los que se necesita cada vez más luz.



VNIVERSITAT E VALÈNCIA

